

Capítulo 98 - La existencia del fragmento

El reconocimiento me golpeó como un rayo divino, cada fragmento de mi existencia comprendió de repente lo que había estado buscando.

Alto, perfectamente proporcionado, irradiando un poder que hacía que el aire cantara con armónicos.

Cabello negro que atrapaba la luz de la luna, ojos dorados que contenían profundidades de autoridad y deseo, un cuerpo que hablaba de una fuerza increíble y de una tierna pasión.



Él estaba reclamando a la mujer de piel bronceada con suave dominio, sus manos agarrando sus caderas mientras se movía dentro de ella, su placer compartido ondulando a través del claro como luz visible.

Hermoso. Perfecto. 'Mío.'

El último pensamiento me impactó con su intensidad. ¿Cómo podía ser mío si ni siquiera sabía lo que era? ¿Si claramente pertenecía a estas magníficas mujeres que compartían su poder y su lecho?



Pero la conexión era innegable. Cada célula de mi ser espiritual lo reconocía, lo anhelaba, susurraba que este era mi hogar, este era mi propósito, esta era la pieza que faltaba en mi existencia.

Observé, paralizada, cómo se movían juntos en la antigua danza del amor y el deseo. Observé cómo él la llevaba al clímax, cómo ella lo maldecía con un cariño insaciable, cómo se desplomaban juntos tras el éxtasis compartido.

«Así es el amor», me di cuenta con asombro. «No solo placer, sino conexión. Confianza. La disposición a ser vulnerable con otra alma».

Era hermoso. Era perfecto. Y yo era un intruso, observando desde las sombras como un mirón.



Pero entonces algo salió mal.

Su rostro se puso rígido por la alarma, e incluso desde la distancia pude sentir que su aura cambiaba a disposición para el combate.

La mujer de bronce —Yue, de alguna manera ahora sabía su nombre— luchaba por vestirse; el dolor era evidente en sus movimientos debido a su reciente intimidad. Pero sus instintos guerreros se habían despertado, su propio poder despertaba mientras se preparaba para cualquier amenaza que se acercara.

Fue entonces cuando la sentí.

"Mei."

Otra de sus compañeras, tropezando por el bosque hacia ellos con sangre manándole de la nariz y las orejas. Su afinidad con la naturaleza —normalmente tan vibrante que hacía florecer las flores con cada respiración— era apenas un destello, casi extinguida.

'Ella se está muriendo.'

El conocimiento me impactó como un puñetazo. Esta hermosa mujer curvilínea, con sus vides vivas y su espíritu gentil, se moría por agotamiento de su esencia, con su fuerza vital consumida por un terrible esfuerzo por salvar a otros.



Mi emperador la atrapó al desplomarse, con el rostro contorsionado por la angustia y la rabia. El amor que emanaba de él era abrumador: no solo deseo, sino devoción genuina por esta mujer que se había sacrificado por algo más grande.

'Tengo que ayudar.'

El impulso anuló todo pensamiento, toda cautela, toda pregunta sobre identidad o propósito. Esta mujer era importante para él, y él era importante para mí de maneras que no podía ni siquiera comprender. Por lo tanto, ella era importante para mí.



Me materialicé en el claro sin tomar una decisión consciente. Mi forma espiritual se solidificó en algo parecido a la carne al arrodillarme junto a ellos. Mis manos —¿cuándo las había adquirido?— presionaron contra el pecho de Mei, y un resplandor rosado fluyó de mi esencia hacia su cuerpo agotado.

«Puedo curarla», me di cuenta con asombro. «Puedo compartir mi fuerza vital, ayudarla a recuperarse de lo que la haya agotado».

Los ojos dorados de mi emperador se clavaron en mí con sorpresa y sospecha. "¿Qué haces? ¿Por qué...?"

No lo dejé terminar, vertiendo más de mi esencia en la moribunda. Ya podía ver cómo el color volvía a sus mejillas, su respiración se estabilizaba al fusionarse mi energía pura con su afinidad con la naturaleza corrupta.



—Siento que es importante para usted, señor Emperador —dije, y el título salió de mis labios con naturalidad, aunque no sabía por qué me parecía tan apropiado—. Permítame ayudar.

«Mi Emperador». Sí, eso era.

Mi emperador.

Mi emperador me miró con creciente alarma al darse cuenta de lo que hacía. Sus sentidos, mucho más desarrollados de lo que esperaba, comprendió de inmediato que no solo estaba



transfiriendo qi, sino fuerza vital. La energía fundamental que mantenía estable mi fragmentada existencia.

"¿Qué haces? ¿Por qué te matas?", preguntó con voz ronca y genuinamente preocupada.

La pregunta me confundió. ¿Matarme? Estaba salvando a alguien a quien amaba. ¿No era eso lo que debía hacer?

—Pero esta es importante para ti. Debería salvarla, ¿no? —respondí, ladeando la cabeza mientras intentaba comprender su angustia.

—¡No a costa de tu propia vida! —espetó—. ¿Estás loco? ¡No te hagas daño así!



«Está preocupado por mí». Darme cuenta me inundó de calidez. Este ser magnífico, este emperador que comandaba las fuerzas cósmicas, estaba preocupado por un espíritu extraño que nunca antes había conocido.

"Pero no tengo identidad, así que no importa. Y ni siquiera nos conocemos", dije, intentando razonar con emociones que no entendía del todo.

Su expresión se tornó feroz, protectora. "¡Por eso mismo! ¡No nos conocemos, así que no sacrifiques tu fuerza vital por nosotros! ¿No eres un espíritu? ¿Un espíritu natural?"

«Un espíritu natural». Sí, eso me pareció bien. Puro, inmaculado, conectado con las fuerzas fundamentales de la creación, en lugar de la corrupción que parecía contaminar gran parte de este mundo.

"Sí, debes serlo. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿De qué otra manera podría existir un espíritu tan puro en este mundo corrupto?"

La calidez de su voz cuando me llamó pura hizo que mi esencia vibrara con algo que no podía identificar. ¿Orgullo? ¿Afecto? ¿La desesperada necesidad de aceptación del único ser en todos los reinos que se sentía como mi hogar?

La realidad nos envolvió mientras él activaba una especie de técnica dimensional, cámaras cubiertas de seda materializándose de la nada. Un palacio del placer, comprendí instintivamente, un espacio diseñado para conexiones íntimas, para el tipo de vínculo que trascendía el mero placer físico.

Colocó a Mei con cuidado en la enorme cama; su respiración ya se estabilizaba mientras mi energía recorría su organismo. La crisis estaba pasando. Viviría.

"Cuida a Mei", me dijo con firmeza. "Volveré pronto".

«Manténgala a salvo». Sí, podía hacerlo. Ella era importante para él, por lo tanto, era importante para mí. La lógica era simple, absoluta.



Pero cuando se giró para irse con Yue, el guerrero de bronce cuyo nombre de alguna manera conocía, el pánico estalló en mi esencia.

—Espera. Había algo que necesitaba decirle. Algo importante sobre la Secta Inmortal, sobre sus planes, sobre el peligro que se avecinaba...

Pero las palabras no me salían. Las emociones abrumadoras de conocerlo, de tocar su esencia a través de nuestro vínculo, de comprender finalmente lo que buscaba, todo me abrumaron de golpe, dejándome sin palabras y temblando.

Desapareció con Yue, las paredes del palacio se solidificaron a mi alrededor y a Mei, que se estaba recuperando, y sólo entonces mi mente fragmentada recordó lo que había venido a hacer.

La Emperatriz Wyrn de Escarcha. La formación de unión. El plan para capturarlo a él y a sus compañeros.

"No", susurré al vacío, mientras mi forma espiritual temblaba de angustia. "Tengo que decírselo. ¡Tengo que advertirle!"

"Umhh." Pero de repente oí el gemido de la mujer. Mi emperador me había dejado atrás, encargándome ayudarla, lo que me hizo mirar antes de moverme rápidamente y empezar a usar mi energía para estabilizarla.

